

SIMÓN BOLÍVAR, 1783-1830
DISCURSO PRONUNCIADO CON OCASIÓN DEL
CENTENARIO DE SU MUERTE EN LA REAL
ACADEMIA DE ITALIA

GIOACCHINO VOLPE, DANIEL GARCÍA
AYAACH (ED.)

Las repúblicas de la América española —que surgieron alrededor de 1810, a consecuencia de aquel movimiento de pueblos, que fue, en un primer momento, de solidaridad con la corona de España amenazada por Napoleón, y, más tarde, de independencia—, mostraron sobre qué fundamentos, aún frágiles, se apoyaban. Me refiero particularmente a Venezuela y a Nueva Granada, campo específico de la actividad de Simón Bolívar. No es que faltasen los elementos para iniciar la construcción de un nuevo orden político. Junto a los españoles de Europa, afincados en suelo sudamericano, existía una población de españoles nacidos ahí, mezclados con los primeros. Aunque diferentes y distintos de aquellos que por temperamentos y por intereses propios.¹

Formación lenta, en la que todo había concurrido y concurría desde hacía un siglo: por un lado el mal gobierno español (innegablemente, hubo un mal gobierno español, aunque el juicio tradi-

1. C. Parra-Pérez, *El régimen español en Venezuela: Estudio histórico* (2.^a ed., Madrid, 1964); Mariano Picón-Salas, *De la conquista a la independencia: Tres siglos de historia cultural hispanoamericana* (México, 1944); Laureano Vallenilla Lanz, *Críticas de sinceridad y exactitud* (2.^a ed., Caracas, 1956), pp. 7-9.

cional, del todo negativo, haya sido revisado, como revisado debe ser el de la presencia de los españoles en Italia), que suscitó rencores y reacciones; por otro, como el buen gobierno español (¡que también lo hubo!, al menos sí existió buena voluntad y buenas leyes), que alimentó fuerzas sociales destinadas a desembocar en el autogobierno.

De una parte la cultura de los Jesuitas y del clero —contrarios al despotismo regio— que a menudo reclamaban a grandes voces mayor humanidad, mejor administración y un gobierno implantado sobre bases legales. De otra, la cultura de los ilustrados, enciclopedistas y escritores del siglo XVIII, a quienes la expulsión de los jesuitas de España y América les dio más libertades.² Finalmente las ambiciones de aquellos Estados europeos que buscaban obtener ventaja en la independencia de las colonias españolas, como la codicia de otros que, entre los siglos XVIII y XIX contaban con la posibilidad de recoger —como siglos antes— la sucesión colonial de España.

¡Qué variedad tan grande de estirpes en aquellos países! Españoles y otros europeos, criollos, mestizos, indios, negros. Cuánta inorganicidad sobrevive en aquella vida social constituida por núcleos urbanos pequeños, habitados por llaneros y gauchos de la vasta llanura dominada por las aguas semi-salvajes; por grandes propietarios casi señores, y por indios, esclavos y negros. Cuán endeble cohesión, cuánta diversidad de intereses y de tendencias hallamos aún entre los elementos más elevados y afines. Así como existen españoles en pro y en contra del dominio de España, también hay criollos fieles a la Corona y otros que piden la independencia; en suma, realistas y patriotas. Entre los mismos, divididos por rivalidad y celos, están las ciudades las cuales querían

2. Bernard Moses, *The Intellectual Background of the Revolution in South America, 1810-1824* (Nueva York, 1926), pp. 4-5; Gerhard Masur, *Simón Bolívar* (Albuquerque, 1948), p. 22; Ramón de Bastera, *Los navíos de la Ilustración: Real Compañía Guipuzcoana de Caracas y su influencia en los destinos de América* (Caracas, 1925), pp. 151-152; C. Parra León, *Filosofía universitaria venezolana, 1788-1821* (Caracas, 1934), p. 45.

constituirse en repúblicas o capitales de repúblicas, sin contar con el acuerdo de los habitantes de la ciudad y el campo. Hay quien proclama la república, otros la monarquía, están los que quieren el centralismo político-administrativo y los que buscan la autonomía local. Para gobernar las sociedades configuradas en este orden se elaboraron constituciones ultraliberales y democráticas basadas en los modelos comunes a los del otro lado del océano.

La pequeña aristocracia de los grandes propietarios, los pequeños núcleos de la burguesía culta, la élite de los innovadores, nacida de la cultura europea del siglo XVIII, buscó la ley ideal — la que más respondía a los dictámenes de la razón— la que fuera capaz de asegurar los derechos del hombre y del ciudadano. Por lo tanto, encontramos gobiernos centrales debilísimos, asambleas en las que demasiado se hablaba y poco se realizaba, una gran cantidad de juntas independientes y de constituciones particulares, abundancia de demagogos ambiciosos y de jefes militares infieles. Este cuadro en aquellos tiempos no era característico sólo de Suramérica. Pero en Suramérica se evidencia de manera particular justamente en la situación de las provincias de Venezuela. En ella se manifestó la mayor insuficiencia de aquellas disposiciones y sobrevino más rápidamente el desastre. No puede explicarse si a causa de la fuerza del general español Monteverde o por la propia debilidad de la Primera República venezolana que había durado un año, de 1811 a 1812.

Y he aquí a Simón Bolívar, representante de una corriente de opinión que, salvando los principios, o por lo menos, ciertos principios que se consideraban los aún sagrados, comenzaba sin embargo a reflexionar; parcialmente al comienzo y luego más intensamente sobre los principios mismos, y a invocar un gobierno más fuerte, una concentración mayor de los poderes, una organización militar en serio, una disciplina más robusta: esto representaba Bolívar.

De antiguo origen vasco, y ¿quién sabe si este origen no haya tenido su importancia en el carácter del gran rebelde contra España? Nacido en Caracas, el mayor centro urbano y revolucio-

nario del norte como Buenos Aires —lo es del sur—. Miembro del patriciado territorial (en el siglo XVIII el liberalismo comenzó bajo forma de libre librecambismo entre los propietarios de tierras), entre 1801-1802, sin cumplir aún veinte años, viajó por España y Francia, acompañado por su preceptor, hombre instruido en la cultura de su tiempo y fanático de Rousseau.³

El joven es entusiasmado por la República, y por Napoleón, que restauró la libertad y la gloria a una nación sometida y corrompida por los tiranos.

De 1805 a 1806, emprende un nuevo viaje por Europa con la atención puesta en los asuntos políticos. Viaja por Francia e Italia y asiste a las dos coronaciones de Napoleón, la primera en París, la segunda en Milán. El joven se tapó los ojos con horror. Sin embargo, mirándolo bien, era contradictoria su actitud hacia el Gran Corso: le repugna el destructor de la república; el hombre de mando, su gloria y sus virtudes guerreras, le fascina.

No sabemos muy bien en qué cosas fijó más su mirada y sus oídos en Italia. Es probable que se aproximase a Italia con las mismas prevenciones de los extranjeros, en especial de aquellos instruidos en la cultura ilustrada: por ejemplo, poca simpatía tuvo Bolívar desde entonces por Maquiavelo, él lo consideró y condenó —como en general lo hicieron los hombres del siglo XVIII— como consejero de la tiranía y la política fraudulenta. Es probable que en Milán, Venecia, Florencia y Nápoles, le llegase la voz de algunos de aquellos ex-jacobinos convertidos en patriotas italianos que, orientados hacia una concepción liberal y nacional, pedían a Napoleón disposiciones propias e independencia frente a los

3. Jules Humbert, *Los orígenes venezolanos: Ensayo sobre la colonización española en Venezuela*, trad. Feliciano de Casas (Caracas, 1976), pp. 44-56; Marius André, *Bolívar y la democracia* (Barcelona, 1924), pp. 19-29; Vicente Lecuna, «Adolescencia y juventud de Bolívar», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 13, n.º 52 (1930), pp. 446-669; *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*, 3 vols. (Nueva York, 1956-1958), I, pp. 157-159; Fabio Lozano y Lozano, *El maestro del Libertador* (París, 1913); Carlos Pereyra, *La juventud legendaria de Bolívar* (Madrid, 1932).

extranjeros. En Roma se oían voces más altas, surgiendo de las ruinas: las voces de la Roma republicana, que, para el joven entusiasta, hablaban de pueblo, de libertad y grandeza.

De nuevo en su patria, en 1810, se encuentra entre los más impacientes por la acción. Al que se manifiesta por una reflexión más madura, rebate: ¡pero si llevamos tres siglos reflexionando!⁴ En julio de 1812, caída Caracas, la capital de la república venezolana en manos de los realistas, él lideriza a los conjurados que deponen al dictator y generalísimo Miranda.

Miranda es hombre y patriota de gran calibre: el primero en concebir grandes esperanzas para América del Sur, en entablar relaciones con la Europa de las nuevas tendencias liberales. Es el *Precursor*. Sin embargo, continuaba siendo un ideólogo aun cuando en los últimos meses empezara a abrir los ojos en cuanto a la dificultad de aplicar las constituciones a aquellas condiciones de vida; si bien hubiera confesado que éstas, en vez de unir a los americanos, los dividirían. Pero él representaba a Europa en donde había vivido durante largo tiempo, como soldado en Francia, y como conspirador y masón en Inglaterra. Él era la Revolución Francesa, la amistad inglesa, el general que hace la guerra de escuela, era el criollo europeizado (esto, al menos le echaban en cara los oligarcas venezolanos), que no sabía superar un cierto desprecio por la gente del país.⁵ ¡Frente a él, Bolívar, un hombre más libre! ¡Bolívar, auténtico criollo! ¡Bolívar, criatura de su tierra, mejor que nadie dispuesto a adaptar a esa tierra, no ya los principios supremos, sino más bien leyes e instituciones y prácticas de gobierno!

4. «Trescientos años de calma ¿no bastan?». Discurso en la Sociedad Patriótica, Caracas, 4 de julio de 1811, en Vicente Lecuna, ed., *Proclamas y discursos del Libertador* (Caracas, 1939), p. 3.

5. W. S. Robertson, *The Life of Miranda*, 2 vols. (Chapel Hill, 1929); José Nucete-Sardi, *Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda* (Caracas, 1935); Mariano Picón-Salas, *Miranda* (Buenos Aires, 1946); Joseph F. Thorning, *Miranda: World Citizen* (Gainesville, 1952); C. Parra-Pérez, *Miranda y la Revolución Francesa*, 2 vols. (Caracas, 1966).

Leamos su manifiesto de diciembre de 1812, desde el exilio. La república, decía él, ha caído por demasiada blandura y magnanimidad de los gobernantes. Sus magistrados se han inspirado en los códigos salidos de manos de hombres visionarios que han procurado alcanzar la perfección, presuponiendo la perfectibilidad del género humano. Y nosotros hemos escogido a filósofos por jefes, a filántropos por legisladores, a dialécticos por tácticos, a sofistas por soldados. De aquí nos ha sobrevenido el desorden y la subversión. Delitos de Estado han quedado impunes, basándose en la máxima filantrópica de que no hay derecho a quitar la vida a nadie. Así, a las conspiraciones han seguido las conspiraciones, jamás castigadas, porque los gobiernos liberales deben distinguirse por su clemencia. Se ha rechazado la creación de tropas experimentadas, porque la república no quiere mercenarios, y, para defender la libertad, todos los ciudadanos son soldados.

Y, por el contrario, ha habido innumerables cuerpos de ejército indisciplinados e inexpertos. Por voluntad del Congreso, la república ha sido dividida, se ha adoptado la forma federal siguiendo la máxima de los derechos del hombre. Pero ha sucedido que cada provincia ha querido gobernarse a sí misma, incluso en medio de los males ocasionados por las facciones intestinas y la guerra externa. Y cuando Caracas, la capital, ha estado en peligro, todos la han abandonado a sí misma o han escatimado las ayudas, planteando una cuestión de competencia entre el poder federal y provincial para decidir si la defensa de la ciudad correspondía a las tropas federales o a las provinciales. Ahora, en cambio, es necesario centralizar nuestros gobiernos americanos, porque las elecciones populares entre campesinos ignorantes y ciudadanos intrigantes constituyen, en un régimen federal, un obstáculo aún mayor que en un régimen monárquico. «Si Caracas, en lugar de una confederación lánguida e insubsistente, hubiese establecido un gobierno sencillo, cual lo requería su situación política y mili-

tar, tú existieras [aún], ¡oh Venezuela!, y gozaras hoy de tu libertad».⁶

Este documento es muy importante: no sólo por la posterior acción práctica del futuro dictador que aquí se diseña, sino también por su pensamiento político, por su juicio —en él implícito— sobre el valor no sólo contingente (es decir, correspondiente a la situación política sudamericana), sino, incluso, absoluto de aquel patrimonio ideológico que constituía casi el viático de los revolucionarios y organizadores de nuevos Estados. Es importante también por lo que deja entender sobre otras aspiraciones de Bolívar. Escribe desde Cartagena y se dirige a los patriotas de Nueva Granada y de toda la América española. En aquel tiempo, muchos en la América española tenían un cierto sentimiento de solidaridad, solidaridad basada en un *credo* político común y en el adversario común a combatir, especialmente activo en los centros directivos del movimiento como Caracas. Aquel sentimiento de solidaridad iba aún más allá en algunos hombres.

De Miranda partió la primera invitación a todos los *cabildos* del continente para que siguiesen el ejemplo de Venezuela con el fin de realizar la gran confederación sudamericana.⁷ Bolívar, cuando es enviado a Inglaterra en 1811 para asegurarse el apoyo de ésta a su naciente república, se presenta y se le considera como el «embajador de América». Ahora quiere hacer partícipes a todos de las dolorosas experiencias de su patria, para que «estos ejemplos de errores e infortunios no serán enteramente inútiles para los pueblos de la América meridional, que aspiran a la libertad e independencia».⁸ En resumen, él se presenta en toda la América Latina como incitador de concordia y unidad.

No sólo urge ser fuertes frente a España, sino ganar prestigio frente al extranjero. Una América Meridional integrada por pocos

6. «Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño», Cartagena, 15 de diciembre de 1812, *Proclamas y discursos*, p. 17.

7. C. Parra-Pérez, *Historia de la Primera República de Venezuela*, 2 vols. (2.ª ed., Caracas, 1959), I, p. 435.

8. Manifiesto de Cartagena, *Proclamas y discursos*, p. 18.

grandes Estados coordinados lograría un mayor equilibrio entre las dos Américas. Y las dos Américas libres e independientes, un mayor equilibrio entre América y Europa. Así, centralización en cada uno de los Estados y federación en las relaciones entre los Estados surgidos de la revolución en Suramérica —especialmente entre aquellos de la región septentrional—. Son dos programas y un solo programa. La centralización interna, necesaria para conservar la independencia y hacer posible la unión federal; la unión federal necesaria para consolidar todos y cada uno de los Estados, incluso en sus relaciones internas, para dar firmeza a sus instituciones, para contener el desorden, para anular o atenuar particularísimos locales y pequeñas ambiciones personales y municipales, en el vastísimo cuadro de un gran organismo estatal o interestatal.

Este es Bolívar en 1812, el año en que él empieza a asumir el papel de protagonista en la vida pública venezolana y americana: el mismo año en que, después de su iniciación revolucionaria en Europa, aparece San Martín en Buenos Aires; San Martín, él es también *libertador*, con la mirada orientada hacia toda la América española. A principios de 1813, Bolívar pone manos a la obra. Por orden del Congreso, se desplaza desde Nueva Granada hacia Venezuela y proclama la guerra sin cuartel contra los españoles; mejor dicho, contra los factores de España, fueran españoles o criollos. Toda esta guerra y guerrilla se libraba sin cuartel y difícil es decir quién la hubo iniciado así, dada la exaltación tan generalizada de las pasiones.⁹ En nuestro sentimiento repugna el recuerdo de tal guerra, en la que operaban los instintos primordiales de españoles, criollos y gente de color, la exaltación patriótica, como en los neófitos, el cálculo político-militar. ¡Cálculo preciso en

9. Proclama de guerra a muerte, Trujillo, 15 de junio de 1813, *ibíd.*, 33-35; proclama en Puerto Cabello, 6 de septiembre de 1813, *ibíd.*, pp. 54-56; R. Blanco-Fombona, *Bolívar y la guerra a muerte: Época de Boves, 1813-1814* (Caracas, 1969), pp. 87-88; Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático: Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela* (3.^a ed., Caracas, 1952), pp. 90-91.

Simón Bolívar! Él era hombre de gran humanidad sin ninguna huella de xenofobia. A Europa se sentía ligado por miles de vínculos espirituales; gozaba del renombre que ahí comenzaba a adquirir; procuraba alentar la inmigración de trabajadores, comerciantes y profesionales de aquellos países.¹⁰ Pero estaba convencido de estar librando una guerra a ultranza, de hacerla más breve y, en última instancia, menos sangrienta. Sin embargo, quería que la ruptura entre americanos y españoles fuera irreversible; necesitaba para su causa, por amor o por fuerza, a todos los americanos, estimular su sentimiento nacional, convertir la guerra civil en guerra contra lo foráneo, contra lo extranjero.

Comienzan las empresas militares de Bolívar, soldado además de forjador de repúblicas, marchando de oeste a este, atraviesa los Andes, entre en verano en Caracas, nuevamente liberada, y es proclamado *Libertador* y comandante general de los ejércitos patriotas. Nace la Segunda República venezolana. En esta guerra, y en las sucesivas, no debemos contar el número de combatientes o la grandeza de las batallas. Pensemos en la espantosa vastedad del país sobre el cual Bolívar había sido llamado a actuar, en la naturaleza salvaje que él tenía que dominar; en las fuerzas y los medios que disponía. Desiertos ardientes y llanuras pantanosas, ríos sin puentes; pobladores de los Llanos que hay que llevar a combatir en los Andes, y andinos que bajan hacia los valles y las costas; tropas advenedizas, heterogéneas, campesinos, artesanos, nobles, propietarios, españoles, criollos, mestizos, negros, indios, toda gente que es necesario disciplinar, darles un único objetivo, animarles con una sola alma.

Además, está también la sublevación de los realistas, es decir, de los españoles y el partido español. El terrible Boves,¹¹

10. Alberto Baeza Flores, *Vida de Don Quijote de la libertad: España en el legado del Libertador* (Caracas, 1988); R. Blanco-Fombona, *Bolívar pintado por sí mismo* (Caracas, 1959), p. 203; Carl Schmitt, *Der Nomos der Erde im Völkerrecht des Jus Publicum Europaeum* (Berlín, 1950), p. 266; Alberto Lamar Schwyer, *Biología de la democracia: Ensayo de sociología americana* (La Habana, 1927), p. 122.

11. A. Valdivieso Montañó, *José Tomás Boves: Caudillo hispano; el más recio bata-*

marchando desde occidente, entra en julio en Caracas. Nuevo exilio de Bolívar, primero en Nueva Granada, después, por la oposición que aquí se le enfrenta, en Jamaica. Él repliegue nuevamente sobre sus propósitos, piensa en los fines y los medios, anhela la unidad americana y el orden dentro de cada uno de los Estados. ¿Cuál sería el futuro de América?

La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo, o una nueva ciudad que con el nombre de Las Casas, en honor de este héroe de la filantropía [...]. Esta nación se llamaría Colombia como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio. Su gobierno podrá imitar al inglés; con la diferencia de que en lugar de un rey, habrá un poder ejecutivo electivo, cuando más vitalicio y jamás hereditario, si se quiere república; una cámara o senado legislativo hereditario, que en las tempestades políticas se interponga entre las olas populares y los rayos del gobierno, y un cuerpo legislativo, de libre elección sin otras restricciones que las de la cámara baja de Inglaterra. [...] Los estados del istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizá una asociación. Esta magnífica posición entre los dos grandes mares, podrá ser con el tiempo el emporio del universo, sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. ¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio!¹²

llador realista en Venezuela durante la guerra a muerte, años de 1812 a 14 (Caracas, 1931); Luis Bermúdez de Castro, *Bobes o el León de los Llanos* (Madrid, 1934); Ricardo A. Martínez, *A partir de Boves: Revisión de los principales elementos de nuestra historia, desde la sociedad pre-columbina hasta la independencia* (Caracas, 1963); Germán Carrera Damas, *Boves: Aspectos socio-económicos de su acción histórica* (2.^a ed., Caracas, 1968); J. A. de Armas Chitty, *Boves a través de sus biógrafos* (Caracas, 1976).

12. «Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla», Kingston, 6 de septiembre de 1815, en Vicente Lecuna, ed., *Cartas del Libertador*, 12 vols. (Caracas, 1929-1959), I, pp. 199-200.

No han pasado cuatro años y Bolívar, que en 1816 había puesto de nuevo pie en el continente, ha acabado con la guerra de exterminio y experimentado la ventaja de atraer a los enemigos en vez de destruirlos,¹³ ha liberado buena parte de Venezuela y situado en Angostura la capital provisional; Bolívar convoca aquí un Congreso de representantes y plantea, en su inolvidable discurso inaugural del 15 de febrero de 1819, sus puntos de vista políticos. Que las constituciones no se copian fuera del propio país sino que deben adecuarse a él; que las investiduras del poder no deben ser demasiado largas pero tampoco demasiado breves; que el senado debe ser hereditario en cuanto es la «base del alma» de la República; que al Poder Ejecutivo se le debía reconocer toda la autoridad soberana, que en una República es aún más necesaria que en la Monarquía; la infinita libertad y de la democracia absoluta, hijos de teorías de todo abstractas, escollos contra los cuales han naufragado siempre las repúblicas y que, por eso mismo, son sinónimos de tiranía.¹⁴

Además, reúne en un gran Estado a Nueva Granada y Venezuela. Después se desplaza a Nueva Granada, recorre denudado de este a oeste los caminos de 1813, afronta nuevamente los Andes, vence en Boyacá y establece en Bogotá la sede del gobierno provisional. Vuelve a Angostura y propone al Congreso la unión de Venezuela y Nueva Granada. El 17 de diciembre es proclamada la nueva república, que se llamará Colombia.¹⁵ Presi-

13. «La política, de acuerdo con la humanidad, me ha movido a suspender la ejecución de la guerra a muerte, y la experiencia ha empezado a manifestarnos la ventaja de esta medida. Más de 200 españoles se han pasado a nuestro ejército después que se les ha hecho saber la clemencia con que se les recibe». Bolívar al coronel Rangel, Sombrero, 17 de febrero de 1818, en Simón B. O'Leary, ed., *Memorias del general O'Leary*, 32 vols. (Caracas, 1879-1888), XV, p. 575; Decreto de Amnistía, Sombrero, 17 de febrero de 1818, *Proclamas y discursos*, pp. 183-184.

14. Discurso ante el Congreso de Angostura, 15 de febrero de 1819, *Proclamas y discursos*, pp. 202-235; Mario Briceño-Iragorry, *Sentido y ámbito del Congreso de Angostura* (Caracas, 1943).

15. «Ley fundamental de la República de Colombia», Angostura, 17 de diciembre de 1819, O'Leary, *Memorias*, XVII, pp. 5-8.

dente de la misma no consigue dar a la constitución de la república de Colombia la impronta que él quería. Sin embargo, Bolívar no se desespera.

Años 1820, 1821, 1822. En Venezuela y Nueva Granada prosiguen las luchas para la liberación de las provincias todavía en manos de los españoles; libera a Ecuador tras la batalla de Bombona; entra en Quito. Aquí se encuentra el 26 de julio de 1822 con el argentino San Martín, que también ha cruzado los Andes dirigiéndose hacia el Norte. Son dos personalidades cooperantes, y a la vez un poco rivales, dos ambiciones y, quizás también, dos tendencias hegemónicas sudamericanas; dos concepciones políticas, en cuanto a las instituciones que hay que dar a la América independiente para mejor sentar las bases de su independencia dentro del orden. ¿República o Monarquía? San Martín no es contrario a instaurar monarquías. Pero Bolívar se mantiene firme a favor de la república. La palabra «monarquía» aún suena, a sus oídos, a «tiranía». Pero, aún más, ¿de dónde sacar las dinastías? ¡En América no hay, ni se pueden crear de la nada! ¡Llamándolas de Europa —dice— nos expondremos de nuevo a los peligros de Europa! Los hombres no se ponen de acuerdo ni siquiera para la liberación del Perú, antaño país de los tesoros, centro del dominio español, gran bastión aún ocupado por el enemigo, amenazando la llanura. San Martín se retira y Bolívar avanza. Vence una vez más; vence en su nombre fiel y sabio lugarteniente Antonio José de Sucre.

Después de la victoria convoca un Congreso; acoge los votos de los habitantes del Alto Perú, la región más interna, a la que España ya había dado en el siglo XVIII un ordenamiento propio, y proclama una república independiente que adopta el nombre de Bolívar, luego Bolivia. Él mismo prepara la constitución de la nueva república, con una cámara de *censores*, para velar por la constitución y los tratados, una cámara de *senadores*, para los códigos y una de *tribunos* para la iniciativa de las leyes.¹⁶

16. Discurso al Congreso Constituyente de Bolivia, Lima, 25 de mayo de 1826,

¡Reminiscencias clásicas!¹⁷ Con esta constitución, Bolívar persigue el objeto de instaurar y de mantener un mayor poder central y más firme, garantizándole al Estado una autonomía mayor y una mayor personalidad respecto al legislativo, él la anhela y ama como sangre de su sangre, como síntesis de todas *sus* ideas políticas, es republicana pero también un poco monárquica. Asegurará el orden y a la vez la libertad de las provincias, concilia los extremos más opuestos. ¡Se la ofrece a Colombia y a toda América!

Al mismo tiempo trabaja para estrechar lazos con los otros Estados americanos: lo que es cada vez más el pensamiento dominante de Bolívar, cuanto más se ensancha su radio de acción, cuanto más se acerca al final su empresa de liberación, más aumentan los puntos de contacto entre su país y los demás Estados suramericanos. Su marcha victoriosa por Perú le había acercado a Chile; la constitución del Estado independiente de Bolivia le había llevado a actuar en un campo no ajeno a los intereses de las provincias de La Plata y de Brasil.¹⁸ En los últimos años, misiones de ministros colombianos en Chile y Argentina, pactos de comercio y negociaciones sobre alianzas defensivas y ofensivas. Siempre con la mirada fija en la solución integral del problema: esa solución que no sólo instauraría un régimen de convivencia pacífica entre los Estados suramericanos, sino que crearía también las condiciones necesarias para que toda Suramérica tuviera mayor peso en la balanza política americana y europea. La invitación para una reunión de representantes en Panamá había nacido en Bolívar desde 1821, no fue sino hasta 1826 que tuvo lugar dicha reunión.

Proclamas y discursos, pp. 322-335; Lecuna, *Catálogo de errores*, III, pp. 196-199; William Lee Lofstrom, *La presidencia de Sucre en Bolivia* (Caracas, 1987).

17. Manuel Pérez Vila, *La formación intelectual del Libertador* (2.^a ed., Caracas, 1979); Luis Castro Leiva, *La Gran Colombia: Una ilusión ilustrada* (Caracas, 1985).

18. Daniel F. O'Leary, *Bolívar y las repúblicas del sur* (Madrid, 1919); Gonzalo Búlness, *Bolívar en el Perú: Últimas campañas de la independencia del Perú*, 2 vols. (Madrid, 1919); Vicente Lecuna, *Relaciones diplomáticas de Bolívar con Chile y Buenos Aires*, 2 vols. (Caracas, 1954).

Todos los Estados de América Meridional y central son invitados.¹⁹

Bolívar hubiera querido ver incluso a representantes de los Estados Unidos de América para ponerse de acuerdo sobre la actitud a adoptar frente a la Europa de la Santa Alianza. Hubiera querido tener incluso a Inglaterra, a la que anhelaba como protectora. Palpitan en él las mismas preocupaciones que en 1823 habían inspirado la declaración Monroe contra la Europa de la Santa Alianza.²⁰ ¡Imponente es la lista de las cuestiones a estudiar en Panamá! Pero el Congreso fracasó. No todos dieron su adhesión. Muchas adhesiones fueron puramente formales. Se consolidaba el particularísimo de los varios Estados suramericanos, cada uno de los cuales intentaban desenvolverse por su cuenta. Tomaba cuerpo la sospecha de que estos proyectos federales escondían miras hegemónicas, pues la diplomacia anglosajona también desconfiaba y suavemente los contrarió.²¹

Pero Bolívar es un hombre tenaz. Es Presidente de la República de Colombia, presidente electo —si bien no lo aceptara— de la república de Bolivia y dictador del Perú. Si él diera a estas tres naciones y repúblicas una constitución propia, la constitución que él había dado a Bolivia, debidamente adaptada, sería el primer

19. Daniel F. O'Leary, *El congreso internacional de Panamá en 1826: Desgobierno y anarquía de la Gran Colombia* (Madrid, 1920); Francisco José Urrutia, *El ideal internacional de Bolívar* (Quito, 1911); Jorge Toro Anda, *Las ideas del Libertador referentes a la constitución política de los estados americanos* (Quito, 1936); Jorge Pérez Concha, *Bolívar internacionalista* (Quito, 1939); Mauricio Mackenzie, *Los ideales de Bolívar en el derecho internacional americano* (Bogotá, 1955); Arthur P. Whitaker, *The Western Hemisphere Idea: Its Rise and Decline* (Ithaca, 1954); Ricardo A. Martínez, *De Bolívar a Dulles: El panamericanismo, doctrina y práctica imperialista* (Caracas, 1959).

20. Dexter Perkins, *The Monroe Doctrine, 1823-1926* (Cambridge, 1927); J. Fred Rippy, *Rivalry of the United States and Great Britain over Latin America (1808-1830)* (Baltimore, 1929); Arthur P. Whitaker, *The United States and the Independence of Latin America, 1800-1830* (Baltimore, 1941).

21. Harold Temperley, *The Foreign Policy of Canning, 1822-1827: England, the Neo-Holly Alliance, and the New World* (Londres, 1925); William W. Kaufmann, *British Policy and the Independence of Latin America, 1804-1828* (New Heaven, 1951).

paso hacia un vínculo federal que uniría a Colombia, Bolivia y Perú. ¡Pues a todos los colombianos!, nos dice. Cuanto más advierte por todas partes inquietud, espíritu de rebelión, tendencia a la disolución, personalismos y localismos, más se aferra a estas ideas de reforma constitucional y de organización interestatal. Él ha suscitado y desencadenado en buena parte las fuerzas antes adormecidas; y ¡ahora le resulta difícil dominarlas! Venezuela quiere separarse de Nueva Granada, romper el vínculo que ha creado Colombia. Caracas y Valencia, ciudades venezolanas, están en contra de Bogotá, la lejana capital.

El partido federalista se muestra cada vez más intransigente frente al centralismo de su presidente. El ejército se inmiscuye en las agitaciones políticas a pesar de los llamamientos de Bolívar. Sus colaboradores, como el General Santander, vicepresidente, y otros adictos a éste, están en contra suya.²² ¿Pero están en contra suya de verdad? Cuantas veces Bolívar propusiera su dimisión y dimitiese, tantas veces serían rechazadas. Se teme que su voluntad centralista esconda ambiciones personales; se resiste a que cambie la vieja constitución de base federal; pero, sin embargo, él sigue siendo necesario. *Neccum te vivere possum, necesito sine te*. Es más, no es el único en creer que para América se necesitan constituciones aptas para América; que las teorías abstractas, de donde ha surgido la idea de la libertad ilimitada, hay que rechazarlas o revisarlas y adecuarlas a la realidad.

Le vienen incluso invitaciones a golpes de Estado, a una dictadura absoluta, a una corona regia o imperial. ¿Por qué no hace como Napoleón a su regreso de Egipto? América del Sur no es Francia, ni él es ni quiere ser Napoleón. Bolívar estaba convencido de que la Constitución Boliviana, en cuanto intermedia entre la República y la Monarquía, capaz de garantizar estabilidad y libertad, conciliadora de la soberanía popular con la soberanía del gobierno, iba a ser la definitiva solución de un país que no es preci-

22. Eloy G. González, *Dentro de la Cusiata* (Caracas, 1907); David Bushnell, *El régimen de Santander en la Gran Colombia* (Bogotá, 1966).

samente apto para la forma republicana. Porque la República tiene demasiada libertad, y no puede adoptar la forma monárquica porque con la Monarquía se hubiera impuesto el yugo europeo. Hay quien sonríe de este delirio legislativo de Bolívar; es decir, de su ciega fe en las capacidades taumatúrgicas de las constituciones.²³

Mas Bolívar, que rechaza el cesarismo o el bonapartismo, se aferra a la esperanza de que una ley fuerte, adaptada al país y aplicada con la fuerza, salvaría la patria, y, crearía las condiciones para una bien ordenada república.

En resumen, Bolívar no quiere ser rey ni emperador. Pretender ser siempre el *Libertador*, ejercitar una acción personal sin límites, la única que él considera útil en la presente coyuntura de América, una acción similar a la que ejercitaba cuando en las guerras de liberación estaba a la cabeza de sus soldados y tenía la autoridad del jefe supremo. O sea, plenos poderes, pero no como situación normal de derecho, y tampoco impuesta por la fuerza, y quiere que los plenos poderes se le confieran de una manera legal y reglamentaria, interpretando las necesidades expresadas por una voluntad nacional que él tiene la certeza de encarnar. Dictadura y al mismo tiempo soberanía popular; es decir, dictadura reconocida por el pueblo a través de la aprobación del órgano constitucional que se interpone entre el jefe supremo y el pueblo. Bolívar grita: el Congreso que me ordene salvar la patria, como quiere el pueblo. Por lo tanto, de un lado, tenemos los principios, que no se quiere o no se pueden renegar; por el otro, el temperamento autoritario de Bolívar y las exigencias que imponían tanto el ambiente como las circunstancias históricas.

Por otra parte, esta necesidad de una ley y de una constitución. Cosas no del todo conciliables, ni fáciles de conciliar. Bolívar se vuelca por entero en el esfuerzo para llevar a cabo esta concilia-

23. C. Parra-Pérez, *La monarquía en la Gran Colombia* (Madrid, 1957); David Bushnell, «The Last Dictatorship: Betrayal or Consummation?», *Hispanic American Historical Review* 63, n.º 1 (1983), pp. 65-105.

ción: dar al país todo aquello que él considera que responde a las necesidades y a las posibilidades de éste.

Sirve aquí recordar el rápido declinar del astro de Bolívar después de 1826. La situación internacional suramericana está profundamente alterada. Ve derrumbarse todo bajo sus pies; no sólo en Colombia, sino en toda América, de la que jamás aparta sus ojos. No hay constitución que sea mantenida, tratado que no sea violado, elecciones que no se resuelvan en batalla civil, libertad que no degenera en licencia, y autoridad que no se extralimite. Frente a todo esto, Bolívar, cuya salud está muy quebrantada, parece que pierde el control de sí mismo.

Hipertrofia de su yo; exceso de pesimismo, momento de desesperación. Como si su obra hubiera sido vana y vana toda la revolución: «El que sirve una revolución ara en el mar». «La independencia —dice también— es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás».²⁴ Plantea el problema de que si no fuera el caso, en vez de volver a la barbarie primitiva, mejor es volver al régimen colonial. Cuando menos, solicitar una intervención de los Estados Unidos o de Inglaterra para poner paz entre los americanos del sur. Sin embargo, es visible también su esfuerzo por dominarse, por plantearse fríamente la situación, por volver a examinar los problemas. Continúa sin creer en la monarquía, pero cuestiona su posibilidad sin aversión. Valora sus *pros* y sus *contras*. Ahora ya se está liberando de todo residuo doctrinario. Más aún, se remonta a la idea de una separación de Venezuela y Nueva Granada. Antes que mantener un territorio así de grande, sin que haya en el centro la fuerza necesaria para controlarlo y dominarlo, ¡mejor dividirlo!

Pero ya es tarde para esta solución; tarde para llevarla a cabo pacíficamente, como él quería. En Valencia y Caracas las iras se desatan contra la unión y contra Bolívar. Se proclama la separa-

24. Bolívar a Flores, Barranquilla, 9 de noviembre de 1830, *Cartas del Libertador*, IX, p. 376; «Mensaje al Congreso Constituyente de la República de Colombia», Bogotá, 20 de enero de 1830, *Proclamas y discursos*, p. 398.

ción, se pide que Bolívar no vuelva a poner pie en el país. En tales condiciones, Bolívar, reunido el Congreso de 1830, entregó todos sus poderes. «*Ningún hombre es preciso*, decía Napoleón. La Francia es más dichosa ahora que con él», dijo.²⁵ A continuación se suceden actos de sangrienta violencia y Bolívar se preparó para partir, recogiendo lo que quedaba del riquísimo patrimonio familiar, ¡casi nada! Pero el Congreso de Venezuela tenía prisa: pedía como condición para tratar con Nueva Granada que Bolívar se marchase. Bolívar se marchó. La muerte, verdaderamente libertadora, le sorprende a Bolívar el 17 de diciembre de 1830 en Santa Marta. Sus últimas palabras fueron: «Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro».²⁶

Este es Simón Bolívar, hombre de alta estatura con capacidad de guerra y de victoria, con virtudes como legislador y reformador, por el vigor de su mente, por su complejidad de espíritu. No era un empírico, ni un doctrinario. Cumplió un esfuerzo poderoso para adecuar sus pensamientos a la realidad y a la vida misma. Es precisamente en consideración de este hecho que aparece como un hombre altamente representativo. Él vivió el drama de toda aquella generación que había entrado en la dura batalla política de la época revolucionaria con aquel simplismo doctrinario y con el optimismo a ultranza característicos del siglo XVIII. Simplismo y optimismo que se revelaron instrumentos, el uno no menos que el otro ineficaces para aquella acción. O, si se quiere, que son ineficaces para toda acción general. Se dio, primero, como un distanciamiento entre el pensamiento y la obra. Después, el pensamiento se saturó de la nueva experiencia, retomó contactos con la historia, se revisó, se profundizó en sí mismo, y se adhirió más estrechamente a lo real. ¡Hablo por supuesto del pensamiento

25. Bolívar a Mariano Montilla, Popayán, 30 de noviembre de 1829, *Cartas del Libertador*, XI, p. 393.

26. Proclama a los pueblos de Colombia, Santa Marta, 10 de diciembre de 1830, *Proclamas y discursos*, p. 407.

de los hombres más destacados —categoría a la que Bolívar pertenecía—!

Con Bolívar, semejante evolución ideológica que, por otra parte, la historia de vez en cuando presenta e impone, toma cuerpo en un hombre de gallarda y singularísima personalidad. En él confluía un temperamento pasional e imperioso, la necesidad prepotente de «vivir en peligro», de «nutrirse de peligros», como él mismo decía,²⁷ recogiendo juicios ajenos, corazón anhelante de grandeza, confianza en sí mismo y confianza en el destino, persuasión de tener al destino como aliado. «Yo he sido elegido por la suerte de las armas para quebrantar vuestras cadenas, como también he sido, digámoslo así, el instrumento de que se ha valido la Providencia para colmar la medida de vuestras aficiones», escribía Bolívar en 1814.²⁸ Los hombres que, en ciertos momentos, hacen o intentan realizar grandes empresas, necesitan siempre en un momento dado creer, apoyarse y obedecer a un poder más grande que ellos: Dios y el destino. ¡Quien manda de forma destacada, tiene la conciencia de servir!

Bolívar fue repudiado por sus conciudadanos hace cien años y murió con la angustia de no tener una patria. Después sus conciudadanos se acordaron de él: y el Libertador tuvo, también, sus monumentos. Los más recientes trabajos de la historiografía suramericana, con su tendencia a buscar en América, en el desarrollo de aquella sociedad, en la elaboración de sus elementos de cultura, y no en pocos impulsos ideológicos venidos de fuera, las raíces del movimiento revolucionario, ha contribuido por su parte a una mayor comprensión y a una más alta apreciación, de los jefes y caudillos. Además, aparecen nuevas orientaciones en el

27. «Mi médico me ha dicho que mi alma necesita alimentarse de peligros para conservar mi juicio, de manera que al crearme Dios, permitió esta tempestuosa revolución para que yo pudiera vivir ocupado en mi destino especial». Bolívar a Pedro Briceño Méndez, Bucaramanga, 4 de junio de 1828, *Cartas del Libertador*, VII, pp. 312-313.

28. Manifiesto de Carúpano, 7 de septiembre de 1814, *Proclamas y discursos*, p. 111.

pensamiento político y en la conciencia nacional de los pueblos sudamericanos. Las orientaciones nuevas del pensamiento político y de la conciencia nacional de los pueblos sudamericanos nos indican claramente cómo en los últimos años Bolívar ha vuelto a estar finalmente presente, y este renacimiento pleno se realiza en coincidencia con el centenario de su muerte, como queriendo significar que cien años fueron un ciclo espiritual en la vida de estos pueblos.

Hoy toda la sociedad civil recuerda y honra a Bolívar. Pero, quizás en ningún país se le recuerda y honra con tan grande y tan íntimo consenso como en Italia: en la Italia de los primeros movimientos liberales y nacionalistas, que también tuvo —como lo tuvieron los países latinos de América— un problema de independencia, que estaba por encima de todos los demás, y de edificación de órdenes institucionales nuevos y propios, que fueran el fruto de profundidades históricas internas y no de un mimetismo imitador. Y la Italia fascista, que ha revivido ciertas experiencias que habían sido propias de Simón Bolívar; ella también ha tenido que revisar a fondo doctrinas e ideologías que mientras fueron aptas —en el pasado— para subvertir y dar inicio a la emancipación, ya no lo fueron cuando se trató de llevar a cumplimiento la obra iniciada.²⁹

Pero hay más, aparte de esta histórica comunidad de aspiraciones y de problemas que vio nacer a Bolívar fue revelado por los italianos: italianos no sólo por el lugar que vio nacer al gran navegante, sino también, por la patria de aquel movimiento de cultura científica y geográfica, por aquel anhelo de ampliar los confines de los conocimientos, de aquella primacía en la navegación y en las artes náuticas, al que hay que remontar verdaderamente el Descubrimiento de América y su rápida entrada en la historia del mundo, ¡como si todo estuviese dispuesto para recibirla!³⁰ ¡Por lo

29. Alberto Filippi, *El Libertador en la historia italiana: Ilustración, «Risorgimento», fascismo* (Caracas, 1987).

30. Salvador de Madariaga, *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*

que nosotros podríamos incluso, si lo quisiéramos, abandonar la persona física de Colón a quienes nos la disputan, como viene abandonada por los agresores posición superada y por tanto inútil! Italia, después, concurrió con su pensamiento a la formación mental de los hombres que allí se preparaban para la nueva política. Mariano Moreno había leído a Filangeri y de él había sacado más de un pensamiento. Emanuele Belgrano, oriundo de Liguria, soldado fuerte y estudioso, hombre de gran equilibrio espiritual, se había formado, en cuanto a doctrinas económicas, especialmente en las obras de Genovesi y Galiani.

¡Bastante frecuentes los contactos y los intercambios entre súbditos americanos y ex-súbditos o protegidos italianos de España! Intermediarios, especialmente genoveses y ligures, siempre presentes allá, desde el día del Descubrimiento en adelante, desde Colón a Garibaldi. Nombres italianos se encuentran en gran número entre los «patriotas» de Buenos Aires, en las juntas provisionales y en las primeras asambleas del Río de la Plata, alrededor de 1810: son profesionales, ingenieros, hombres de negocios: Castelli, Alberti, Beruti, Viamonte, etc. Después de 1890-1921, comienzan los exiliados políticos, y de entre ellos quiero recordar sólo algunos: Pietro De Angelis, napolitano, hombre de letras, sostenedor de Murat y, después, en Argentina, íntimo de Rosas, historiador de mucho renombre, compilador de documentos históricos sobre la región de La Plata; el general «muratiano» Andrea Pignatelli di Cerchiara, que operó en México; Orazio De Attellis, partícipe de revoluciones, motines y conjuras en Italia, entre los siglos XVIII y XIX, después exiliado en los Estados Unidos y en México, escritor político, también allegado a Simón Bolívar y partícipe de sus proyectos.

Agostino Codazzi, de Lugo, que participó como Coronel en las guerras suramericanas, viajó por motivo de estudios a

Venezuela,³¹ hizo algún intento de colonización en la región andina, se encontró con Bolívar en los días que siguieron a la batalla de Boyacá, que preludió la unión de Nueva Granada y Venezuela, nos narró aquella batalla y habló del General victorioso, incansable en las largas marchas, alma fiera e imperturbable ante los peligros, preocupado por la ventaja pública, y no privada. «No hay en el mundo un hombre igual a él y la historia no nos presenta un héroe que, habiendo llegado al ápice de la grandeza, haya sacrificado vida, bienes y honores por la felicidad de su patria, que sólo a él debe su regeneración, su libertad y su grandeza».³²

Mientras tanto, la noción de aquellas lejanas tierras, cada vez más cercanas, se difundía entre nosotros. Se suscitaba curiosidad, simpatía e interés. Hubo quien concibió la idea de escribir unas historias de las revoluciones suramericanas, como Carlos Botta había escrito ya aquella sobre la revolución norteamericana: Giuseppe Niccolini. Comenzaban a espesarse los tejidos que entrelazaban a aquellos países con Italia. Después de los exiliados políticos, de los manípulos combatientes, los Garibaldi, los Anzani, los Rosselli, los Zambeccari, etc., viene la corriente migratoria de trabajadores que en pocos decenios hizo de Suramérica la patria de millones de italianos, que hace ahora de la historia suramericana un poco la historia de Italia, y de la historia de Italia la historia suramericana. ¡En el momento en que hablo, una gran bandada de alas italianas guiadas y empujadas por intrépidos corazones, lleva a aquellos pueblos el saludo fraterno del pueblo italiano, de su Capo y de su Rey!

A mí, en estos días, me gusta recordar aquel otoño de 1806 en que Bolívar estableció el ideal de conexión entre la nueva historia suramericana e Italia, si bien Italia se presentara a sus ojos como Roma. Roma, como ya he dicho, hablaba al joven entusiasta, de

31. Agustín Codazzi, *Resumen de la geografía de Venezuela: Venezuela en 1841*, 3 vols. (Caracas, 1940).

32. Agustín Codazzi, *Memorias de Agustín Codazzi*, trad. Andrés Soriano Lleras y Alberto Lee López (Bogotá, 1973), p. 431.

pueblo y libertad. Más tarde, hecho hombre y templándose en la vida, el descubrirá que Roma era pueblo y libertad, pero incluso patriciado, autoridad, la salud pública, suprema ley; descubrirá que Roma era una grande y orgánica realidad, con instituciones que respondían plenamente a aquella vida, si bien imperfectas a la luz de la razón. Bolívar hizo aquí su juramento, ¡hacer libre y grande la patria! Y este juramento fue como la síntesis de su meditar, la expresión de todo su pensativo entusiasmo, suscitado en él por aquellas grandes memorias. La tierra que el quería hacer libre y grande no tenía un pasado propio al que referirse, ni tradiciones que pudiesen encender su alma. Los hijos no podían aún apelar a los padres, ni los vivos a los muertos. «Nosotros ni aún conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo: no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles», dirá Bolívar en 1819, con un sentido casi de angustia.³³

Lo que le faltaba en las tierras de América, casi vírgenes, parece que lo hubo encontrado en Roma. De aquel juramento no se olvidará jamás. Verá siempre en ella como el inicio de su nueva vida de combatiente, de suscitador de repúblicas, de legislador. «Día de eterna gloria para nosotros», aquel de su juramento, escribirá más tarde durante las batallas de liberación a su antiguo preceptor.³⁴ Y no se olvidará de Roma, en donde prestó el juramento. Roma es el lugar, el momento ideal en que él se prepara para el esfuerzo creativo, para la lucha contra los enemigos externos y contra los ídolos, que todos, y él también, llevan dentro de sí. Y como, con el pasar del tiempo, aquel juramento le parecerá un acto cada vez más solemne; así, el lugar le parecerá más sagrado, es más ¡«tierra santa»!

33. Discurso de Angostura, *Proclamas y discursos*, p. 205.

34. Bolívar a Simón Rodríguez, Pativilca, 10 de enero de 1824, *Cartas del Libertador*, IV, p. 32; R. Blanco-Fombona, *Mocedades de Bolívar: El héroe antes del heroísmo* (Buenos Aires, 1942), pp. 84-85, 159-167.

«Discurso de orden de Gioacchino Volpe en la Real Academia de Italia, el 17 de diciembre de 1930», en Alberto Filippi, ed., *Bolívar y Europa en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía*, 3 vols. (Caracas, 1986-1995), II, pp. 609-619.